



Ecuador Crece Contigo
Fundación



Piedad
Mosquera

Saberes que
trascienden



Voces y
Saberes
CONTRA
la DCI



Centro de Análisis y
Seguimiento a la DCI

Saberes que trascienden

Piedad Mosquera

Piedad Mosquera transita al ritmo sereno de sus más de 85 años, recorriendo los caminos de su amado Valle del Chota. Cada paso suyo guarda una historia; cada recuerdo conserva una enseñanza.

En la parroquia de Ambuquí, donde ha transcurrido su vida, Piedad es una de las pocas mujeres que todavía resguarda conocimientos transmitidos de generación en generación: saberes que encuentran en las plantas remedios para cuidar el cuerpo, aliviar dolencias y acompañar el bienestar de las familias.

Piedad es hierbatera. Su conocimiento no nació en libros ni en salones de clase; le fue transmitido por alguien que, como ella, lo recibió como una herencia del pasado, producto de la observación, la práctica y el acompañamiento cotidiano. Cuando era joven caminó junto a una partera de la comunidad, miró cómo utilizaba las plantas y aprendió de ella distintas formas de cuidar a los niños. Aquella mujer se llamaba Rosita Méndez y fue quien reconoció en Piedad la capacidad de continuar con ese legado.



Escuche la entrevista aquí

Esta historia de vida se desarrolló en el marco de la recopilación de iniciativas inspiradoras de la parroquia de Ambuquí, cantón Ibarra, provincia de Imbabura. Entrevista realizada a Piedad Mosquera el 29 de julio de 2025.

Ese encargo marcó su vida. Desde entonces, Piedad comenzó a emplear los remedios de la naturaleza para cuidar a sus propios hijos. Entre plantas, preparaciones y consejos, aprendió a reconocer las señales del cuerpo y a responder con los recursos que tenía a su alcance. Después compartió lo aprendido con sus hijos y con sus vecinas, como alguna vez Rosita lo había compartido con ella.

Así, el conocimiento siguió su camino. Pasó de unas manos a otras, sostenido por la confianza, por la memoria y por el deseo de proteger a quienes estaban cerca. Y Piedad no guardó para sí misma lo que había aprendido. Lo convirtió en una forma de acompañar a otras mujeres y de cuidar a los niños de su comunidad.

Con el paso del tiempo, las madres empezaron a buscarla. Llegaban con sus pequeños para que los observara, los atendiera y preparara para ellos alguno de sus remedios. Las manos de Piedad, acompañadas por las hierbas que conocía, se convirtieron en un refugio para mujeres preocupadas por la salud de sus hijos.

Ella sabía que cuidar a un guagua no consistía únicamente en aliviar una dolencia. También significaba escuchar a la madre, tranquilizarla y enseñarle qué podía hacer ante un dolor de barriga, ante un golpe producto de la picardía infantil. Cada encuentro era una oportunidad para que ese conocimiento no se perdiera y para que otra mujer aprendiera a reconocer en las plantas una forma de cuidado.



Había una señora que se llamaba Rosita Méndez. Ella me dijo: ‘Aprenda, ya puede curar a su guagua y también a otro más que venga’. Ella me encargó ese saber



Muchas de esas madres que la buscaban para cuidar de sus guaguas llegaban también cuando esperaban un nuevo hijo. Y ahí estaba Piedad, con ese conocimiento heredado, que sabía de los beneficios de las hojas de menta para calmar el malestar de estómago de las embarazadas, de las propiedades del taraxaco (diente de león) para ayudar al cuerpo a eliminar el exceso de líquidos y de la cáscara de naranja, que preparaba en infusiones para aliviar las náuseas. En esa casa encontraban el remedio para sus síntomas y el consejo oportuno para sus dudas.

Piedad habla de ese aprendizaje como una responsabilidad compartida. Para ella, el saber debía circular dentro de las familias y de la comunidad. Debía pasar de las mayores a las más jóvenes, de las madres a sus hijas, de una vecina a otra, para que las prácticas que alguna vez protegieron a sus hijos pudieran seguir acompañando a nuevas generaciones.

Hoy ya no se dedica, como antes, a cuidar a los niños y embarazadas de su comunidad. Los años han vuelto más lentos sus pasos, pero no han borrado su memoria ni su deseo de compartir. Piedad todavía recuerda las plantas, sus usos y las enseñanzas recibidas. También sabe que hay momentos en los que las hierbas pueden aliviar y otros en los que es necesario buscar ayuda en el centro de salud.

Para ella, una cosa no reemplaza a la otra. El conocimiento de las plantas acompaña, pero también es importante reconocer cuándo una madre o un niño necesitan otro tipo de cuidado. Esa certeza forma parte de la experiencia que ha reunido durante toda una vida: cuidar también significa saber hasta dónde llegan las propias manos y cuándo es momento de confiar en otras.

La historia de Piedad es también la historia de muchas mujeres que aprendieron escuchando y observando. Mujeres que hicieron de las plantas una forma de protección y que, sin llamarse maestras, enseñaron a sus hijas, a sus vecinas y a otras madres. En sus prácticas se conserva una memoria colectiva que une a las generaciones y recuerda que el cuidado siempre ha sido una tarea compartida.

A sus más de 85 años, Piedad Mosquera sigue siendo guardiana de ese legado. Su historia muestra que el conocimiento ancestral trasciende cuando se comparte con generosidad, cuando se practica con responsabilidad y cuando permanece abierto a otras formas de cuidado. Porque en las manos de Piedad, cada planta conserva una enseñanza, cada remedio guarda una memoria y cada consejo lleva consigo una manera de proteger la vida.



Así es la historia: que las madres aprendamos a curar, porque sanar y cuidar a nuestros guaguas es nuestra fuerza.

Voces y Saberes CONTRA la DCI



Ecuador Crece Contigo
Fundación



Centro de Análisis y
Seguimiento a la DCI

     @EcuadorCreceContigo

www.ecuadorcrececontigo.org